

LA MADRE DE DIOS  
MADRE DE LOS HOMBRES

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

**El valor de las mujeres que acompañan á Jesús crucificado es una prueba de su divino poder y de su autoridad. Actitud sublime de María y de San Juan al pie de la Cruz. Palabras que les dirige Jesucristo.**

El misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el judío obstinado, y un objeto de locura y de desprecio para el ciego gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fe, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios (1). Y, en efecto, como observa San Agustín, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos más crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad, que estaba invisible y oculta,

(1) *Jesum Christum crucifixum Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam; ipsis autem vocatis Judæis atque Græcis, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam. (I Cor., I, 23, 24.)*

obraba las más grandes maravillas. Jesús, crucificado, colmado de ignominias y víctima de los más atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos; domina como Señor la voluntad perversa de sus enemigos; dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnimoda, y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan sólo de Dios (1).

Entre los numerosos prodigios de este poder divino que Jesucristo obró en el discurso de su Pasión, se nota, dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo más frágil, queriendo manifestarnos de este modo que había venido para reformarlo todo, así como lo había criado todo. Este sexo, en efecto, tenido por el más tímido, el más delicado y el más débil, se mostró de repente el más intrépido, el más animoso y el más fuerte (2).

Los Apóstoles, exceptuando uno solo, habían abandonado á su divino Maestro y habían huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos, como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como El había alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por El. Aquel mismo Pedro que al principio

(1) *Patiebatur hæc omnia qui apparebat homo, et ipse idem hæc omnia faciebat qui latebat Deus. (S. Aug.)*

(2) *Imbecillior sexus tunc fortior apparuit: ita omnia reformavit. (S. Joan. Crisost.)*

había jurado sufrirlo todo por El y morir con El, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de común con El.

Mas, por un trastorno del orden natural, digno de ser notado, en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eutimio, unas pocas mujeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesús (1). Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la Cruz ni de manifestar públicamente la más viva adhesión y la piedad más tierna respecto al Crucificado, previniendo así la constancia y la generosidad de los mártires que habían de confesar un día á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la bajeza de esos cristianos que se ruborizan de El y lo niegan, por decirlo así, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no las acobarda, el furor del pueblo no las detiene, el poder de los magistrados no las intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor, parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, vertiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado, y con esta manifestación de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio à Lapide, puede arrancarlas de junto á El; nada es capaz de decidir las á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos

(1) *Vide ordinem conversum: discipuli siquidem fugerunt, discipulæ assistentes permanebant. (Eut.)*

hasta la cima del Calvario, no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas, le han seguido constantemente. Ved aquí que también quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios y de recoger su último suspiro; prontas á sufrirlo todo por El, y aun á morir, si es necesario, con El (1).

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto Mediador que se interponía entre Dios y los hombres, estas mujeres intrépidas se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesús crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto (2), se pusieron, como observa Cornelio à Lapide, según el texto griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasión y de dolor, de ternura y de piedad, los horrores de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos (3).

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba María, su santísima y amabilísima Madre.

(1) Ab eo intuendo, meditando et admirando, Judæorum metu et minis avelli non potuerunt. (*Corn. à Lap.*)

(2) Erant autem ibi mulieres multæ à longe aspicientes. (*Marc.*, xv, 40.)

(3) Addunt græca: spectantes et speculantes tum miram Jesu patientiam, tum prodigia quæ circa eum contingebant, hæcque omnia pia mente et meditatione revolventes. (*Corn. à Lap.*)

María es conducida al pie de la cruz, no sólo por su amor de Madre, sino también por su celo de Corredentora; no sólo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino también para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor al ser que Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; también entra Ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y, por lo mismo, toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demás mujeres, que de acuerdo con María, esposa de Cleofás, María Magdalena y el discípulo amado de Jesucristo, la habían acompañado hasta el Calvario, y se acerca más al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvación del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo (1).

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habían ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecución de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa envidia, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debían haber hecho alejar de la cruz á la Madre, al discípulo y á las otras mujeres; y esto, menos por compasión de estas almas fieles que, para quitar al Señor, moribundo aún, el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuo-

(1) Stabant autem juxta crucem Jesu Mater ejus, et soror Matris ejus, Maria Cleophæ, et Maria Magdalena.

sas tomar parte en sus ignominias, afligirse y compadecerse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino, que triunfa de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Getsemaní provee á la seguridad de sus discipulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y, en vez de un título de condenación, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo, á quien el declara REY DE LOS JUDÍOS, es decir, el Mesías ó el Salvador del mundo, este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la licencia de los verdugos. El asegura á María y á San Juan el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Redentor crucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos (1).

María estaba en pie, según la bella pintura que hace San Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplación sublime. La posición recta é inmóvil de su persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazón. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignación y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvación de los hombres. Muy lejos de temer la rabia de los verdugos (mientras que su Hijo se ofrece á la justi-

(1) Stabant juxta crucem Jesu.

cia de su Padre), Ella se adelanta á su furor para ser también inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heroico, esta constancia invencible de María, indemnizaban en cierto modo á Jesús de la pena y de la vergüenza que le había causado el cobarde abandono de sus discipulos. El espectáculo que María ofrece de sí misma es el que conviene á la elevación de su rango. Sólo es propio de un Hijo que es á un tiempo mismo verdadero Dios y verdadero Hombre, morir como muere Jesús, y María asiste á esta muerte como una Madre que tiene á un Dios por Hijo (1).

Al otro lado de la cruz estaba San Juan igualmente de pie; Juan, el discípulo muy amado, á quien Jesús amaba más que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama San Cipriano, su íntimo confidente, su camarero fiel (2). Su espíritu está ocupado de los misterios más sublimes, su corazón está traspasado de dolor; y sin embargo, su actitud y su figura son dignas de un discípulo que tiene á un Dios por Maestro. La Madre y el discípulo están tan próximos á la cruz, que pueden oír fácilmente la voz amada de Jesús moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas, llenas de amor.

(1) Stabat juxta crucem Mater, et fugientibus viris, stabat intrepida. Spectabat piis oculis Filii vulnera, per quæ sciebat omnibus redemptionem futuram. Stabat non degeneri spectaculo Mater, quæ non metueret peremptorem. Pendebat in cruce Filius; Mater se persecutoribus offerebat. (*De Inst. Vir.*, cap. vii.)

(2) Christi cubicularius. (*S. Cyp.*)

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas, en la actitud de la resignación más perfecta, de la ternura más viva y del dolor más profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ella su vista lánguida, que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUJER, HE AHÍ TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HE AHÍ TU MADRE (1).

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvación del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto personaje que las pronuncia. Mas antes de entrar á examinar su significación, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato.

(1) Mulier, ecce Filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 26, 27.)

## CAPÍTULO II

Explicación literal de estas palabras de Jesucristo á María: «Mujer, he ahí tu hijo»; y de estas otras á San Juan: «He ahí tu Madre.» Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José, figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado.

Una tradición antigua y constante, común entre los Padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la Pasión de Jesucristo hacía ya muchos años que había muerto el patriarca San José, esposo purísimo de María. Si entonces hubiera vivido, no hubiera abandonado, mientras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesús, á quien había sustraído con tanta destreza de la persecución de Herodes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo (1). Jesús moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María, para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los Santos Padres (2). *Este custodio fiel de su Señor*, á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenía relación con la santa Familia de Na-

(1) Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. (*Luc.*, II, 48.)

(2) Neque abrogaretur uxor marito.